





# Creep

---



Philipp  
Winkler

**CREEP**

Traducción de Carlos Fortea

Título original: *CREEP. Roman*

La traducción de esta obra se ha subvencionado  
con una ayuda del Goethe-Institut.



Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

© Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlin 2022

© de la traducción: Carlos Fortea Gil, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

D.R. y © MMXXIII G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-257-1 (México)

ISBN: 978-84-1148-156-4 (España)

Primera edición, agosto de 2023

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,  
sin la autorización escrita del editor.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos  
materias primas de procedencia  
100% sustentable

«Full agoraphobic, losing focus, cover blown  
A book on getting better hand-delivered by a drone  
Total disassociation, fully out your mind  
Googling derealization, hating what you find»  
Bo Burnham, *That Funny Feeling*

«Don't you dare go hollow»  
*Laurentius of the Great Swamp in Dark Souls*

«Don't touch me  
Whats up wit it  
I stay noided, stimulation overload account for it  
Desensitized by the mass amounts of shit»  
Death Grips, *I've Seen Footage*



# Fanni

---

Mientras los Naumann ponen la mesa para el desayuno, Fanni mueve el teclado hasta el pie de su monitor principal para hacer sitio a su bolsa de ración.

En el campo de reproducción de Video Annotation Tool, Moira ayuda a sus padres a poner la mesa, pone tres alfombrillas de corcho rectangulares, con las esquinas redondeadas. Su okapi ya está a la cabecera.

La mesa es de madera maciza y fue la pieza con la que se examinó Georg. Lo había contado en una ocasión en que se lo pidieron sus amistades invitadas en casa de los Naumann a una velada de juegos de mesa. La encontraron impresionante. Fanni también. Aunque, sin duda, de un modo más elemental.

Salvo el ordenador, nunca ha construido nada material. Y montar un PC es algo distinto a construirse una mesa. Se encajan componentes prefabricados interoperables atendiendo ante todo a su rendimiento y eficiencia, en vez de dar forma a algo desde el principio partiendo de un material de base.

Fanni saca de la mochila la 24 Hour Civilian Ration turca, variante de menú 2. Al contrario de las

raciones militares que Fanni suele utilizar, esta es colorida, de colores saturados. La foto de un lago de Turquía, cree Fanni, con las montañas al fondo, está impresa alrededor de toda la bolsa.

Sacando, concentrada, la punta de la lengua, Moira deja encima de la mesa tres cuencos de cereal metidos uno dentro de otro.

Fanni clasifica los componentes del desayuno, medidos en bolsas plateadas selladas, del paquete de la ración. Cuatro rebanadas de pan lavash, bolitas de queso, salsa de adjika y olivas negras, con hueso. Una bolsa de té Lipton Yellow Label y un tubito de miel.

La madre de Moira, Uta, aparece en el marco de la cámara. Lleva el pelo castaño oscuro, interminablemente largo, recogido en un moño que siempre hace pensar a Fanni en una indefinible y obstinada planta de las estepas. Uta recoge de la mesa unos cuantos folletos y los deja en algún sitio fuera del marco de la cámara.

Cuando Fanni ha abierto antes Video Annotation Tool en su ordenador de trabajo y se ha registrado enseguida en la cuenta y la cámara interior de los Naumann, Georg ya estaba sentado a la mesa con su primera taza de café, mirando los folletos. Hasta donde Fanni podía distinguir, se trataba de folletos de distintas empresas de automóviles... Fanni podía ver pequeños mapas dominados por el azul del agua y la bandera sueca.

A finales de cada verano, los Naumann iban a visitar a los padres de Georg, que habían emigrado a Sue-

cia después de jubilarse. Al menos, así lo habían hecho los dos veranos pasados.

Fanni había topado, hacía un poco más de dos años, con aquella familia de tres miembros cuando zapeaba en su tiempo libre por el banco de datos de la clientela.

Fanni miró por la ventana, que llegaba hasta el suelo, detrás de la mesa. Uta y Georg plantaban tientos en la terraza. No podía oír de qué hablaban. Moira corría descalza, repartiendo con expresión seria tierra para flores por todas partes, como si no hubiera nada más importante en el mundo. Era algo distinto de la habitual impulsividad de los niños pequeños, de los niños en general, que Fanni conocía de vista por la señal de vídeo y por Real Life. Los padres de Moira no se preocupaban por la suciedad. Parecían felices. Reían y daban la impresión de tener existencias satisfechas, sin el regusto de la obiedad. A Fanni aquello le resultaba simpático. Y, para su propia sorpresa, se había quedado enganchada. Se quedó con el apellido registrado en el banco de datos BELL y la correspondiente dirección para poder volver a encontrarlos.

Incluso vivían allí, en la ciudad. Al norte. No en cualquier parte, sino en Alemania, en alguna ciudad random. Aunque a los ojos de Fanni el patriotismo local es una forma de nacionalismo a llama baja, lo encuentra de alguna manera hermoso.

Pone el flameless ration heater en el fondo de la heating bag, mete el brik de bebida abierto y vierte

cien mililitros de agua en la heating bag para desencadenar la reacción redox del FRH. Luego exprime la salsa de adjika en las redondas rebanadas de lavash y se come una de las aceitosas olivas mientras mira a Moira trepar de rodillas a su silla al extremo de la mesa. Uta trae dos tazas de café y un vaso de zumo de naranja sin colar para Moira. Georg acerca más la silla a la mesa y vierte en su cuenco muesli de un recipiente de cristal cilíndrico.

Fanni reparte las bolitas de queso por las rebanadas de lavash, las aprieta contra la salsa para que no resbalen con tanta facilidad cuando enrolle el fino pan ácimo en forma de tortilla.

—Dime cuándo es suficiente —llega la voz de Georg de los altavoces del PC, colgados de los biombo que separan el cubículo que sirve de oficina a Fanni.

Cada vez se acumula más muesli en el cuenco de Moira. Ella sonrío taimada a su padre y apoya los brazos en el tablero de la mesa. Fanni casi no puede mirar.

Hace unas semanas, Moira se había escurrido al ponerse en esa misma posición y se había golpeado con el borde de la mesa al caerse. Incluso tenía una pequeña brecha en la frente. Sus padres limpiaron la herida y le pusieron un esparadrapo. Antes de que Moira pudiese siquiera empezar a llorar, Georg y Uta la distrajeron con un espejo de bolsillo y le enseñaron los mechones rojos que la sangre había dejado en el flequillo de su corte a tazón.

—Qué guay —dijo Uta, y Georg reflexionó en voz alta sobre la posibilidad de teñirse él también un mechón de su pelo rubio platino. Moira negó riendo con la cabeza, y a Fanni le alegró.

—¿Cómo? —dice Georg con fingido asombro—. ¿Tanta hambre tienes? ¿Nos vas a dejar algo a mamá y a mí?

Moira asiente con vehemencia y afirma. Se le mueve el flequillo. La resolución nativa Full-HD de la cámara interior no basta para distinguir si le ha quedado una pequeña cicatriz donde se hizo la herida.

Fanni espera que las cifras de venta de la versión actual de la cámara interior bajen, porque eso significaría que BELL va a lanzar la siguiente al mercado. Esa estará en condiciones de hacer zoom. En cuanto las ventas de ese modelo bajen, se publicará la versión con 4K de resolución y cámara orientable mediante app. Los prototipos de las dos próximas generaciones de cámaras ya se han probado y están listos para pasar a producción en serie. Fanni lo sabe por un documento que alguien ha decodificado y dejado tirado en la Intranet de manera bastante sloppy... Ella estaba matando el tiempo cuando la clienta a la que en ese momento observaba hacer yoga entró en una zona de su casa no abarcada por la cámara. Pero como todos los modelos actuales de cámara BELL siguen vendiéndose como pan caliente en Europa, India y partes del Asia Oriental, el consorcio no tiene ninguna prisa por publicar las siguientes generaciones.

Durante el desayuno, Uta y Georg hablan de una ocupante de la residencia de ancianos en la que Uta

trabaja como ergoterapeuta. El mes pasado la ocupante se cayó, pero no se rompió nada ni se hizo contusión alguna. Desde entonces, la mujer insiste en recorrer en silla de ruedas hasta el trecho más corto. Uta dice que está preocupada y que a menudo esos miedos acaban convirtiéndose en profecías autocumplidas.

Fanni se come los panes enrollados. Las bolitas de queso que hay dentro crujen. Observa a Moira, que a su vez observa a sus padres con las cejas subidas de preocupación mientras charlan en torno a la mesa. Se mete en la boca cucharadas de muesli, yogur y grosellas y mastica por un lado, de manera que el ojo de ese lado está un poco guiñado. Parece como si en cualquier momento fuera a hacer una pregunta muy crítica, bien meditada, pero se limita a seguir escuchando en silencio. Observa. Como Fanni.

Después del desayuno, quitan juntos la mesa. Los tres Naumann, a su mesa de comedor de madera maciza. Fanni, a su escritorio blanco del cubículo blanco.

Vuelve del servicio de señoras, en el que ha tirado la bolsa vacía de la ración, y cambia al videoportero de los Naumann. Moira se está poniendo las sandalias. Georg empuja la bicicleta de carga hasta al campo de visión del ojo de pez de la cámara. Uta se despiende de los dos, sube al coche pequeño y sale del marco marcha atrás. Luego, también Moira y Georg se van. La mayoría de las veces él la lleva a la guardería que está de camino hacia su ebanistería.

Fanni mira el reloj. Son las 7:43. A partir de las nueve, sus compañeros de Research & Development empezarán a llegar por goteo al Office Space.

Abandona la cuenta de los Naumann y pasa pantallas al azar por el banco de datos de BELL. Luego abre el registro de un cliente de Regensburg y se cuela en una de sus cámaras interiores, para ver si hay alguien en casa.

—Hola —dice Marcel, que se sienta en el cubículo de al lado de Fanni.

—Hola —dice ella, e intenta dar la impresión de que acaba de llegar. De que acaba de arrancar el ordenador.

Marcel es estudiante. Se ha tomado un semestre de vacaciones para ganar dinero. Ha olvidado lo que estudia, o no lo ha dicho al presentarse en su primer día. Hablan dos veces al día. Hola, cuando llega. Ciao, cuando se va. Es el vecino de asiento perfecto. Nunca (al menos, no que Fanni se haya dado cuenta) se ha reclinado en su asiento para mirarla desde su cubículo.

Su anterior vecino de asiento, cuyo nombre ella ha borrado de su disco duro, era, por desgracia, un charlatán, pero era aún peor el balanceo de la silla cada vez que se agarraba al biombo común que los separaba. En cuanto oía crujir los cojinetes de la silla de su escritorio, Fanni ya sabía que en cualquier momento esa familia de sanguijuelas de cuatro miembros treparía

por el costado del biombo. Uñas que se convertían en ojos y miraban sin párpados el teclado, los monitores.

No puede evitar pensar en la foto de la bolsita de ultracongelados llena de cortados en distintos grados de descomposición que vio hace una eternidad en Rotten.com. Ya no recuerda la sarcástica descripción que aparecía en la pantalla.

Arranca el VAT como si fuera la primera vez que lo hace en el día.

En el Office Space las conversaciones de saludo van apagándose y son sustituidas por susurrados clics de los ratones y el insatisfactorio sonido de los teclados de membrana.

Su primer caso de hoy. Un videoportero en Winsen (Luhe). Pequeño jardín delantero. Valla baja por tres lados. Fanni teclea la fila de casas. Tres peldaños bajan de la puerta de la calle. Mala hierba que brota entre las losas de piedra del sendero. Tres turismos aparcados en la acera..., todos gris antracita. Al otro lado de la calle, a la izquierda, una sucesión de garajes de alquiler, a la derecha la vista lateral de un edificio de ladrillo de varias plantas, con ventanas verticales, que parecen tan diminutas como si estuvieran a la escala equivocada.

Fanni pone un Bounding Box en torno a cada coche y los etiqueta en la lista de objetos, a la derecha del campo de reproducción, Car-1, Car-2, Car-3.

Clica el marcador de la barra de tiempo de la cámara y lo desplaza hacia la derecha. Los setos delante del edificio de ladrillo tiemblan de manera tan imperceptible que también podría ser fallo del pixelado.

Algo repta con velocidad antinatural por el camino que divide el jardín delantero. Fanni suelta la tecla del ratón. Ese «algo» es lo bastante grande como para ver su existencia grabada, pero demasiado pequeño para distinguir lo que es. Piensa un momento en inventar una nueva categoría de etiquetas y marcarla de la forma correspondiente: Insecto-1. Si con eso creara un precedente que hiciera fortuna, sus colegas de R&D la achicharrarían en el chat de su grupo de internet diciendo que por qué cojones tenía que darles ese trabajo extra a todos ellos. Lo deja y sigue avanzando.

Una persona aparece detrás de la esquina del edificio de ladrillo, va hacia la acera, hacia la derecha, y sale de la pantalla. Es una mujer entrada en años, de cabellos grises y bata con estampado de flores. Va arrastrando unos de esos carritos de la compra que, aparte de a los jubilados, Fanni solo ha visto al alumnado de intercambio chino y a los nerd totales.

Retrocede, enmarca a la mujer con un Bounding Box y la etiqueta como Persona-1. Pulsa Play. La mujer avanza a velocidad real hacia la acera. A Fanni le llama la atención que cojea y se pregunta qué se habrá hecho. ¿Se habrá caído, como la ocupante de la residencia de la que Uta hablaba durante el desayuno? Probablemente no haya ni ascensor en la vivienda plurifamiliar de la que viene. Una silla de ruedas no entraría en consideración ni aunque ella quisiera. Quizá ya no tenga parientes o conocidos que puedan hacerle la compra, o al menos ayudarle a hacerla. O tiene un marido con menos movilidad aún que ella,

por lo que tiene que andar cojeando sola hasta el supermercado descuento más próximo.

La Bounding Box la pierde cuando llega al extremo de la acera. Fanni pulsa Stop y arrastra la Bounding Box para volver a enmarcar a la mujer. Play. Recorre la calle. Stop. Fanni arrastra la Box y vuelve a pasar la toma. Al llegar al marco, cuando cada pixel de la mujer ha dejado el segmento, vuelve a parar. Aún se ve el carrito, pero, en sentido estricto, ya no pertenece a la Persona-1. Tampoco cuenta como Carried Object. Fanni chequea la cajita de atributos de la mujer para hacer un «outside of view frame».

Retrocede de forma manual por la línea temporal. Ahora, la mujer que camina hacia atrás empuja el carrito de la compra en lugar de arrastrarlo tras ella. El algoritmo hace a la Bounding Box seguir exactamente a la mujer durante la mitad del camino. Fanni para en el frame en el que la mujer ha desaparecido completamente detrás de la esquina del edificio. Hace clic en Occluded or obstructed.

Luego, vuelve a pulsar Play y deja que la mujer siga su camino. En la descripción de los metadatos dice que la grabación es de hace dos semanas. Es probable que entretanto la mujer y su cónyuge, si es que existe, hayan consumido los alimentos, de manera que al menos ha vuelto a pasar cojeando una vez con su carrito.

Ese día, Fanni elabora un total de cuarenta y siete Instances de toda Alemania. Enmarca personas, coches, animales domésticos, paquetes. Todo aquello a lo que la gente se refiere cuando habla de cotidianeidad.

dad. De normalidad. Lo que se ve cuando se remachan los clavos que sobresalen. Cuando se recortan todas las esquinas, para que solo quede el centro. Jardines delanteros, el cortacésped, los paseos con el perro, la charla con la gente del vecindario, la recogida de basuras, las manos llenas de bolsas de la compra, el maletero del coche que se cierra sin contacto, los niños con mochila. Alisados hasta alcanzar una inofensiva bidimensionalidad y reducidos a un sentido único fácil de manejar. La vida, liberada del campo de minas de la interacción. Depurada de su carga emocional, de expectativa y actitud. Todas las trampas enterradas y aplanadas.

Como todos los días, Steve, el director del equipo de Research & Development, es el último en salir del Office Space. Cuando Fanni oye el ruido del manillar, la rueda trasera o delantera de su bicicleta de carreras, primero contra la puerta de su cubo de cristal, separado del resto de la oficina, y luego contra la puerta de entrada del Office Space, sabe que vuelve a estar sola. Sola en la oficina. Cola con los 5 001 277 clientes de BELL en todo el mundo.

Lo primero que hace Fanni es meter el USB en su ordenador. Abre el banco de datos de BELL y extrae un nuevo Batch de credenciales de cliente escogidas al azar.

Los distintos paquetes de datos contienen: nombre y apellidos del cliente. Dirección de e-mail registrada. Contraseña. Zona horaria. Dirección postal. Número

y nombre, que en el 99 por ciento de los casos coincide con su ubicación, de todos los modelos de cámara conectados a la correspondiente dirección.

Cuando, con ayuda de las credenciales, se entra en una cuenta, se pueden encontrar además todos los números de teléfono registrados y dispositivos vinculados a aplicaciones, así como las informaciones de pago de la cuenta. En el caso de tarjetas de crédito figuran por ejemplo el tipo de tarjeta, las últimas cuatro cifras del número de esta y el CVV.

A esto se añade que, naturalmente, también se tiene acceso al livefeed de la cámara y a su archivo de Recordings, si es que el o la cliente no lo han desactivado en el Feature. Y, con su acceso profesional, Fanni puede cargar las videohistorias de ese o esa cliente. Como está enterrada en el AGB de BELL y encriptada hasta la absoluta ininteligibilidad, casi nadie sabe que cancelar la propia videohistoria no significa que eso se extienda a su registro y almacenamiento por parte de BELL.

Fanni saca el USB y lo devuelve al angosto bolsillo frontal de su mochila. Luego abre Video Annotation Tool.

Los Naumann suelen cenar entre las seis y las siete de la tarde. En eso, apenas se distinguen de la mayoría de la clientela de BELL. Fanni aún pasa un rato con ellos. Hasta que llevan a Moira a la cama.

Antes y después, mira el videoportero y las cámaras interiores y exteriores y se remueve en su silla de oficina cuando se le duermen las nalgas o los muslos.

Está presente cuando el mensajero de DabbaWala lleva la anhelada comida griega para la cena con las amistades. Hace compañía a una mujer de Kassel que viene a casa y enseguida, todavía con la bata de médico puesta, sale a la terraza con una lata de cerveza y toma un primer trago digno de un spot publicitario. Mira cómo un hombre entrado en años se acomoda en el sofá en Schneverdingen con un boyero de Berna y comparte con él un helado de palo. Cómo un matrimonio de Pforzheim discute con el cuello tenso por los deberes escolares de su hijo. Ve a otro en Markkleeberg sacar un columpio del amor del armario ropero y colgarlo del gancho de la lámpara del dormitorio. Observa a un hombre en Oberhausen que se queda varios minutos sentado en su coche, con el motor apagado, la frente apoyada en el volante, antes de entrar en casa.

A las 23:01, la iluminación interior del edificio pasa con un sonoro clac a intensidad máxima y anuncia la llegada del equipo de limpieza.

Fanni levanta la vista de sus monitores y regresa parpadeando de la realidad filtrada al aquí y ahora del IRL<sup>1</sup>. Baja la tapa del PC y se echa la mochila al hombro.

Como todas las tardes, en el último pasillo antes de llegar al vestíbulo se cruza con las limpiadoras. Empujan carritos cuyo arsenal de productos químicos a Fan-

---

<sup>1</sup> Del inglés *In Real Life* ('vida real'), es decir, todo lo que ocurre fuera del entorno digital. También hace referencia a las emisiones en vídeo en directo sobre la vida cotidiana. (*N. del T.*)

ni siempre le recuerda a Ricardo López. El acosador de Björk envió en el año 1996 una carta bomba con ácido sulfúrico a la cantante islandesa. El paquete fue interceptado por Scotland Yard y pudo ser detonado en lugar seguro. A veces, cuando las limpiadoras interrumpen su conversación a voces, que llenan todo el pasillo, en cuanto Fanni dobla la esquina se imagina que debajo de ellas hay un Ricardo López disfrazado que, en secreto, trabaja en casa en una mezcla de los limpiadores más corrosivos para vengarse de alguien.

Fanni mantiene la cabeza baja y elude el carrito y las miradas, como si recorriera una calle muy transitada. Hasta que sale del edificio todo lo que ve son sus deportivas y el suelo de vinilo en el color corporativo de BELL, Pale Robin Egg Blue.

Se detiene en la parada Businesspark Süd, junto al cono de luz de las farolas, y espera el siguiente tranvía, que un par de estaciones más allá se convierte en metro.

En la pared lateral de la marquesina de la parada están pegados los restos de algún escarabajo. Delante del asiento se proyecta la sombra del insecto aplastado, arrojada en el suelo por la luz de la farola. Fanni piensa en un post, título: *Human Shadow of Death*, que ha visto en SickeningReality-Subreddit. Contiene una galería de imágenes con toscos contornos negros de personas que se hallaban dentro del radio de la explosión de la bomba atómica de Hiroshima. Con su presencia habían impedido que la zona que estaba inmediatamente detrás de ellos quedara, al contrario

del resto del entorno, como palidecida por el calor nuclear. Así surgieron esas huellas similares a sombras sobre la piedra y el asfalto.

El tranvía avanza traqueteando por la no-oscuridad encendida del polígono industrial. Está, en su mayor parte, vacío. Fanni sube. El tranvía arranca. Primero pierde de vista la huella del insecto aplastado. Luego, la materia que hace posible esa sombra. Poco después, también el complejo de edificios de la compañía Zenith, la matriz de BELL, deja de ser visible.